

## CONCLUSIÓN: LA HERENCIA COLONIAL I

La penuria demográfica, el hecho más pesado y notorio del espacio geográfico panameño alcanza un nivel trágico durante los siglos de la colonización. Durante largo tiempo este espacio tropical, este pequeño istmo en el centro de las Américas entre el Atlántico y el Pacífico, cerca de 85,000 kilómetros cuadrados entre las Audiencias de Guatemala (luego Centroamérica) al oeste y Santa Fe de Bogotá (después Colombia) al este será, para el puñado de hombres que lo ocupa, terriblemente desmedido. Al cabo de tres siglos de conquista y colonización, las densidades no superan las de un habitante por kilómetro cuadrado de pluviselva, de sabana o de áspera montaña tropical. En el mejor de los casos, sólo un tercio del territorio ístmico conoce una voluntad de organización territorial colonial que se manifiesta por la presencia continua y permanente de un poblamiento integrado, en mayor o menor grado, a la sociedad total. De tal manera, las densidades reales habrán de ser duplicadas y hasta triplicadas, tal como lo consideraban los geógrafos colombianos a fines del siglo XIX<sup>399</sup> cuando calculan una densidad real, es decir del territorio activamente ocupado, de 13 habitantes por kilómetro cuadrado por una densidad absoluta de 4 hombres por kilómetro cuadrado en el Istmo de Panamá. Sin embargo, la distribución de esta población no será la óptima. El hecho urbano, motor de la organización del espacio geográfico, es aún tímido: en 1895 la población urbana alcanza el 18% de la población total, que representa cerca de 60,000 habitantes repartidos entre los pueblos de Bocas del Toro, los pueblos de la línea del ferrocarril y sobre todo sus ciudades terminales de Panamá y Colón, dedicadas casi por entero a las funciones transístmicas. Otros 85,000 habitantes, o sea un 27% de la población istmeña se distribuye entre unos cuarenta poblados, más bien villorrios situados en las sabanas del Pacífico hasta la frontera con Costa Rica y el resto, unos 170,000 habitantes están dispersos en las pobres campiñas panameñas, formando así una población enteramente rural y que hoy podríamos clasificar de prácticamente marginal, que constituye el 55% del total, proporciones que se mantendrán hasta más de la mitad del siglo XX.

Durante cuatro siglos de organización del espacio colonial y luego republicano colombiano se van conformando estructuras que hemos llamado «permanencias»,<sup>400</sup> por acumulación y luego sedimentación de fenómenos demográficos, económicos, sociales y geográficos que se han ido heredando y que una época recoge e integra para transmitirla a la siguiente. De los tiempos de la conquista y primera colonización queda por lo menos

<sup>399</sup> F. J. VERGARA Y VELASCO, op. cit., vol. I, p. 737.

<sup>400</sup> Concepto desarrollado más ampliamente por Omar JAEN SUAREZ en «El siglo XVIII en Panamá y las permanencias estructurales», en «Visión de la nacionalidad panameña», op. cit.

la primacía de la lengua castellana, la función de tránsito, el mestizaje genético tricontinental, la ideología y las prácticas del cristianismo, adaptado a una nueva realidad multicultural por supuesto, la ganadería sabanera y la primera estructura de organización del espacio geográfico. Luego, el siglo XVIII tal como lo hemos definido aquí lega la viabilidad demográfica, el primer catastro rural de amplias zonas del interior; la nueva estructura social, ciertas formas de ser y de actuar y la conciencia de la singularidad panameña, mientras que el siglo XIX será el del verdadero cosmopolitismo, del tránsito renovado y de la ideología liberal, herencias que serán la base del Panamá más actual, del siglo XX.

Pero también estos cuatro siglos tienen a su favor la formación y diferenciación de cuatro regiones rurales en el interior que funcionan con cierta autonomía: Alanje y luego David organizan la región rural con mayor personalidad al occidente de Chiriquí; Santiago también, aunque con menor vigor, articulará la península veraguense y los valles de la península de Las Palmas y de las alturas de la cordillera central en esa parte del país; Los Santos y luego Chitré tendrán la responsabilidad por la organización del espacio de la península de Azuero; Natá y después Penonomé articularán las sabanas de Coclé. Organización territorial por cierto débil, deficiente, siempre acechada por las tendencias de la dispersión y de la autosuficiencia local; a veces mantenida gracias a una voluntad administrativa más que a una verdadera tendencia regional. Este espacio geográfico del Istmo de Panamá no funciona equilibradamente; no se establecen flujos suficientes entre sus diversas unidades regionales, lo cual es advertido, con una intuición aguda, por un geógrafo colombiano de fines del siglo XIX quien sugiere una teoría de la organización del espacio ístmico, mediante una reflexión sobre su desarticulamiento: «La misma conformación del Istmo ha sido causa eficaz de su atraso, pues en él —como en el Chocó— domina con exceso la longitud sobre la anchura, y ha faltado centro geográfico que le imprima movimiento y regule la marcha del conjunto. Además, la capital, si bien está en buena posición por el comercio de tránsito, no lo está con respecto al Departamento, en el cual el centro geográfico y de equilibrio es el territorio de Veraguas, donde también la población es más densa; resulta de ahí que el interior, como se llama al suelo de Azuero hacia el W, se abandona o poco menos a su propia suerte. Este defecto de forma y excentricidad también se nota en otros departamentos y explica muchos fenómenos de la anómala vida del país».<sup>401</sup> Concepción mecánicamente geométrica de la organización del espacio geográfico que contiene, no obstante, elementos de interés. Aparece en filigrana, una idea de dos espacios diferentes, de dos regiones claramente definidas, la transístmica y el interior rural que se dan la espalda, cada una ocupada en su propia función e ignorando a la otra.

Imagen seductora pero incorrecta. Podemos preguntarnos si en este rosario de espacios cerrados y autosuficientes demográficamente no hay fallas, si no existe un flujo migratorio que sin ser significativo en términos de población lo es en el aspecto socioeconómico. Si tales espacios no están relacionados efectivamente mediante vínculos de dependencia jerárquicos. Si no se establece entre ellos, como dato estructural durante toda la época colonial y hasta principios del siglo XX por lo menos, un modo de organización que drene hacia los más fuertes, hacia los espacios urbanos, las energías de los espacios rurales. Si en fin de cuentas los espacios rurales no habrán de permanecer como un amortiguador de los traumas violentos que sacuden a la región de paso transístmica y aseguran de esta manera una continuidad, en el tiempo, de una forma de organización

---

<sup>401</sup> F. J. VERGARA Y VELASCO, op. cit., vol. I, p. 796.

espacial nacional. Eso es lo que trataremos en adelante de demostrar desmontando los mecanismos que intervienen en la organización de las poblaciones de Panamá.

Al final de un análisis dedicado esencialmente al peso de lo cuantitativo, de los hombres sobre el espacio ístmico y a su localización geométrica, a las posibilidades del movimiento de hombres y de cosas en este espacio que articulan de acuerdo con sus necesidades a partir de polos definidos de hábitat concentrado, se impone una reflexión global sobre el sentido de una metodología que no puede, lógicamente, contentarse con un primer estadio de complejidad. Porque de eso se trata, antes de todo. De estudiar la herencia colonial, en el sentido amplio del término, de los modos de organización del espacio geográfico del Istmo de Panamá no como un producto simple y necesario de una evolución lineal o el final de una historia que concluye en un momento dado, sino de plantear un todo mucho más complejo, definido tanto por la suma de sus partes como por una dialéctica sutil entre elementos situados en planos diversos, el primero de los cuales es el cuantitativo.

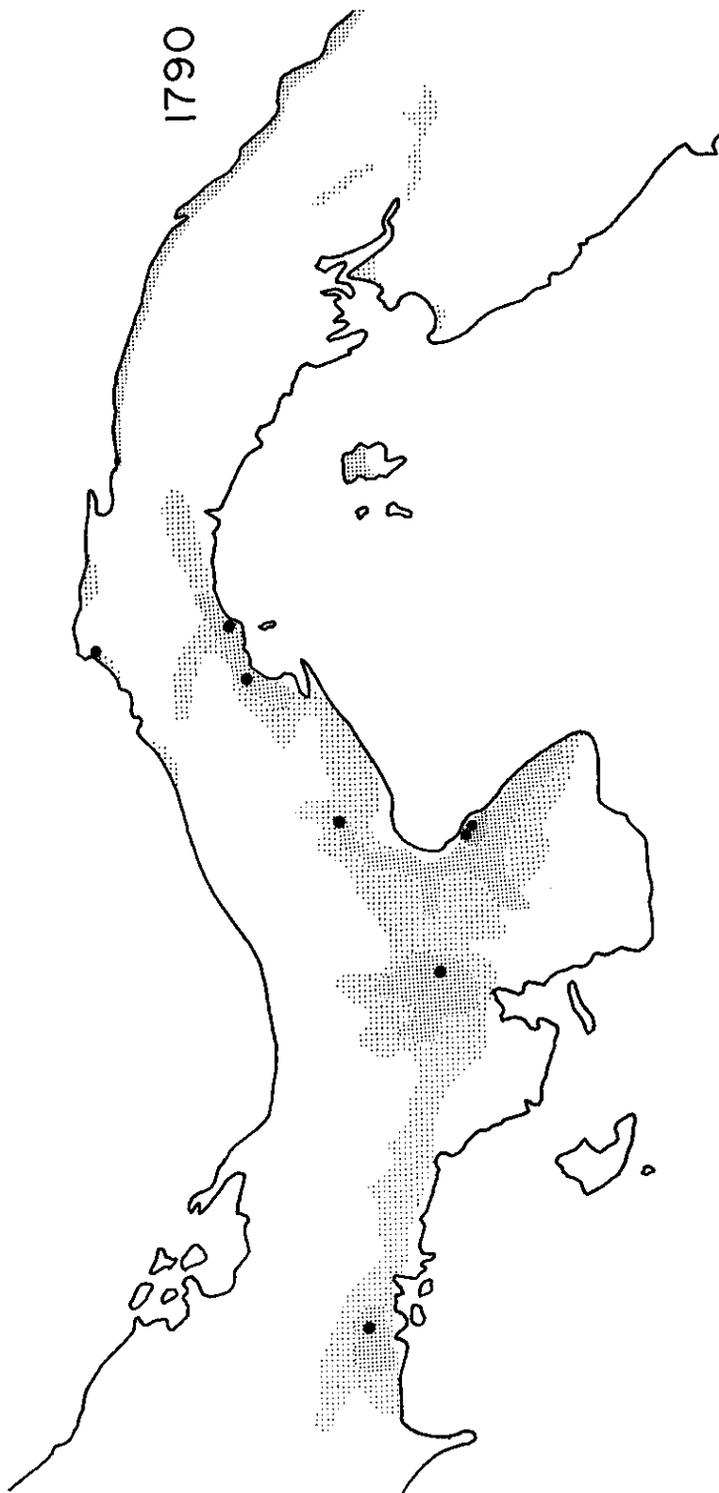


Fig. 27. Densidades de población en el Istmo de Panamá en 1790.

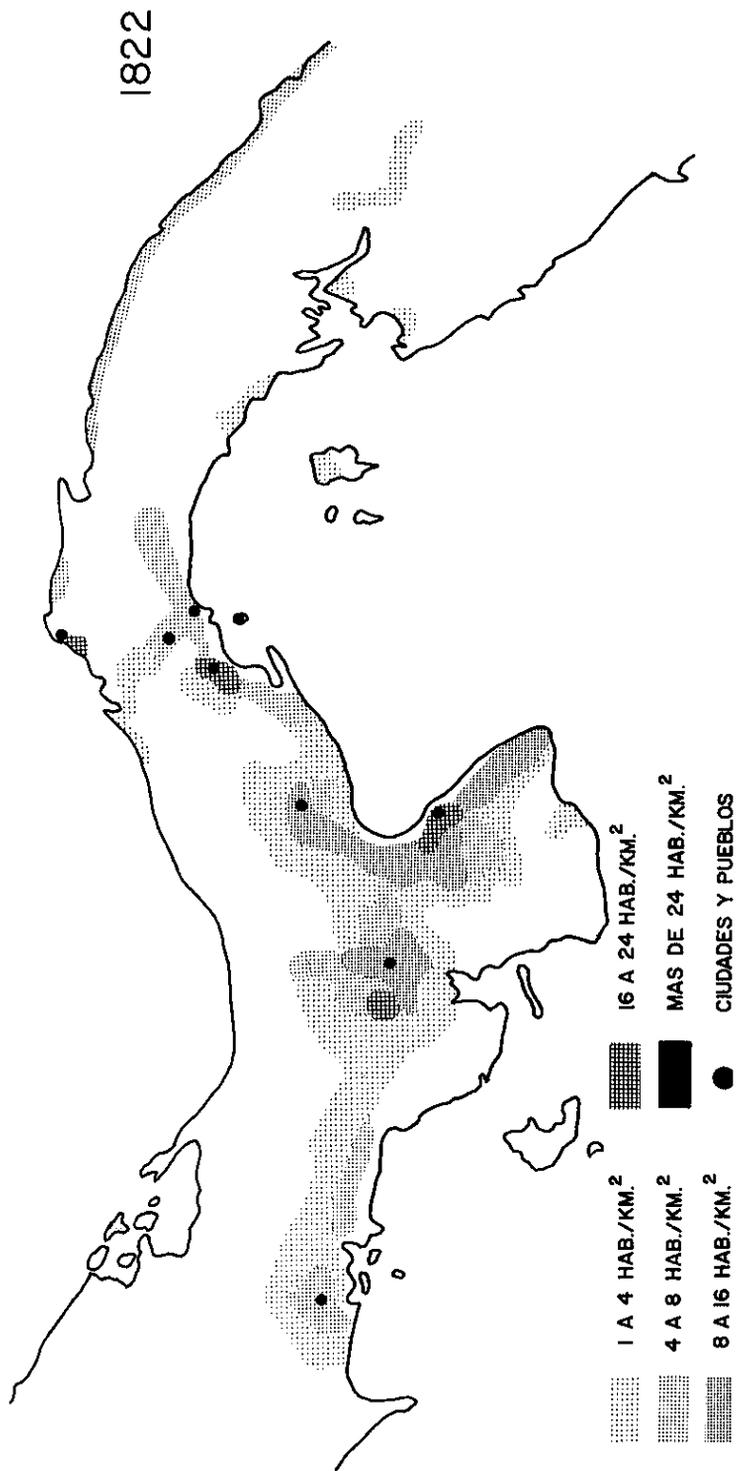


Fig. 28. Densidades de población en el Istmo de Panamá en 1822.

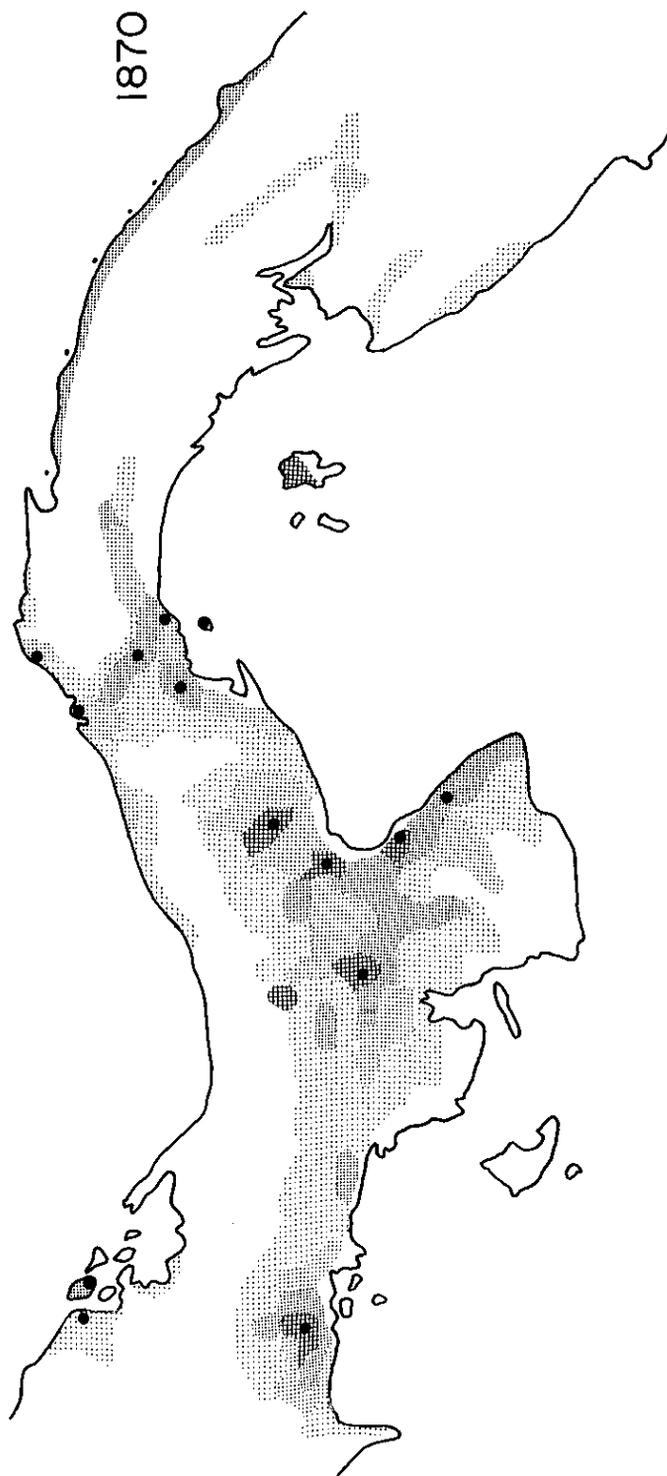


Fig. 29. Densidades de población en el Istmo de Panamá en 1870.

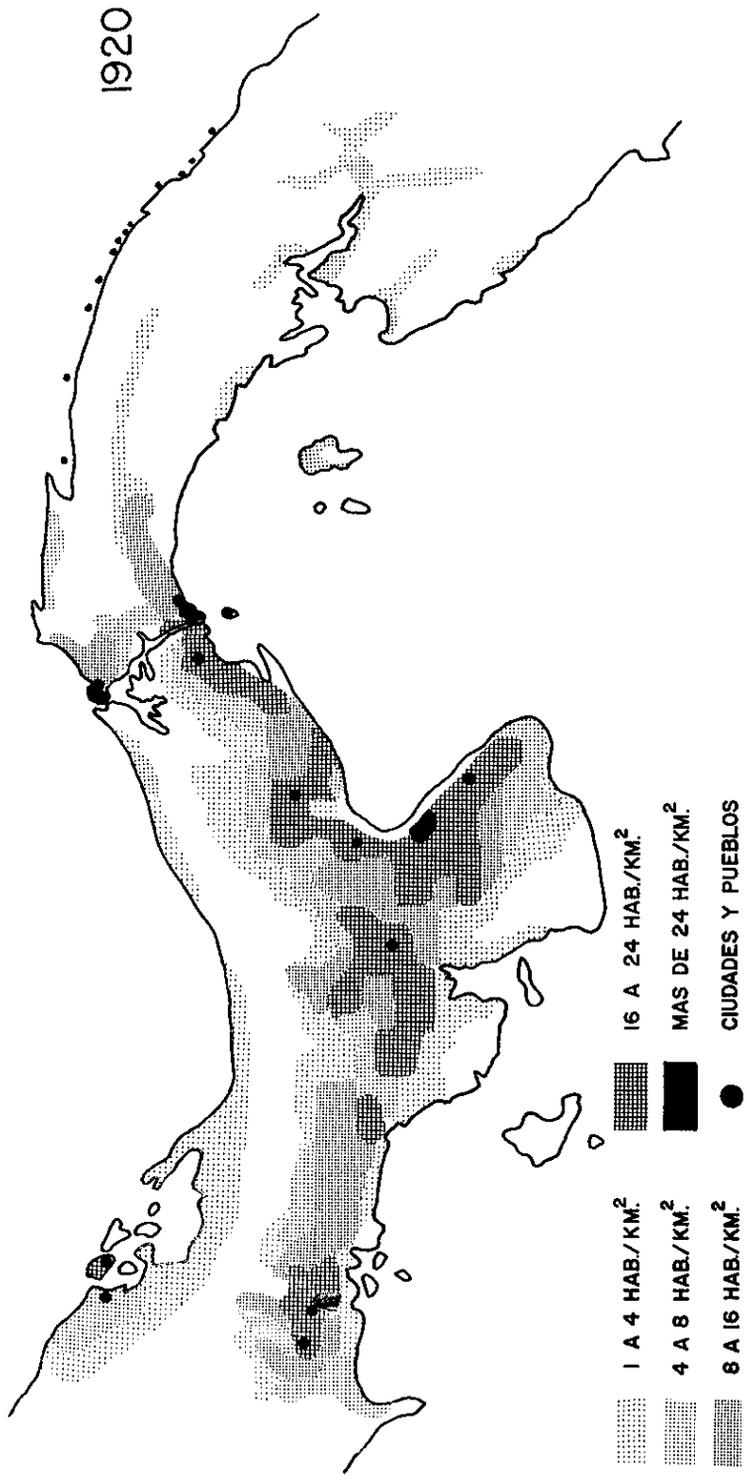


Fig. 30. Densidades de población en el Istmo de Panamá en 1920.



## SEGUNDA PARTE

# ECONOMÍAS DEPENDIENTES Y ESPACIOS DERIVADOS

*El carácter de dependencia de las economías abiertas de Panamá en relación con otros polos hegemónicos se afirma mediante la intensificación de las actividades de transporte y las comunicaciones internacionales. Pero la dinámica de estas actividades no sigue un ritmo lineal de crecimiento. Hay que reconocer tres grandes movimientos con niveles distintos, entre los cuales se producen puntos de ruptura cualitativos correspondientes a la irrupción de tecnologías nuevas que aumentan, exponencialmente, la capacidad de relación del espacio transístmico de Panamá: el período colonial hasta 1850, el período del ferrocarril transcontinental hasta 1920, y el período del canal de esclusas desde entonces (al cual se suma, desde 1945, el de la aviación). En cada uno de los períodos mencionados se ha producido un espacio derivado que le corresponde, integrado en un sistema funcional con un centro o polo (Europa y Norteamérica) y una periferia (el Istmo de Panamá en nuestro caso), que difiere cualitativamente del anterior, por los mecanismos de dominación jerárquicos y la magnitud de los flujos de energías espaciales (económicas, políticas, sociales). Cabe pues preguntarse ¿si se ha creado, a su imagen aunque a una escala de magnitud más reducida, un sistema semejante en el territorio del Istmo de Panamá? Si la acumulación sucesiva de energías en un polo (el transístmico) crea, en cada período, sub-espacios dependientes o derivados, los espacios agrarios en los cuales los factores de contigüidad geográfica o social son insuficientes para asegurar una difusión simultánea o por lo menos rápida de la innovación introducida del exterior. Sería interesante además considerar si de ello resultan situaciones de diferentes ritmos diacrónicos en la organización del espacio panameño que se manifiestan en la creación y acentuación de desequilibrios regionales y en la persistencia y vigorizamiento del desarticulamiento espacial.*



## CAPÍTULO I

# ESPACIOS RURALES Y ECONOMÍAS AGRARIAS

A primera vista la dificultad de difusión de innovaciones tecnológicas en un espacio agrario colonial se agudiza cuando el polo interno encuentra en el exterior parte de su espacio de producción del cual importa porción importante de sus alimentos y casi todas sus artesanías y manufacturas. De tal forma el espacio dominado interno, es decir el mundo rural, a menos que se organice para exportar, está condenado a la rigidez cualitativa, a una repetición ininterrumpida de los gestos cotidianos rurales, a un mismo tipo de cultivo, a un idéntico sistema de explotación agraria y de apropiación del suelo rural y a una técnica invariable de cultivo y de cría. Sin embargo, en ciertas regiones del Istmo de Panamá, el intercambio con el polo interno es de costumbre relativamente mayor (mediante un pequeño sector de producción capitalista integrado al circuito de comercialización urbano), lo cual aunado a un aumento demográfico generalizado que durante dos siglos multiplica la población rural por más de diez, crean fuerzas que provocan cierta evolución sin lograr, no obstante, el rompimiento de una estructura arcaica. De tal forma se mantiene una discontinuidad creciente en los ritmos cronológicos de los sistemas espaciales que coexisten en el Istmo de Panamá los cuales viven en tiempos tecnológicos diversos, situados en niveles de evolución y de modernización diferentes.

### **I. Los espacios agrarios**

En el estudio de los espacios agrarios, hay que considerar el peso de ciertos elementos estructurales del marco natural de la agricultura, dentro de un nivel generalizado de tecnología agraria aún no superado antes de principios del siglo XX.

#### **a) Límites y posibilidades del medio natural**

El espacio agrícola se define, antes que todo, por las posibilidades y los límites que las condiciones naturales ofrecen o imponen a la actividad agraria: desde una clase de cultivo hasta un sistema de organización agraria. Por ello es necesario plantear, desde esta perspectiva, las características del medio natural.

## Los datos de la geología y del relieve

El paisaje natural es un dato objetivo cuya descripción y explicación nos ofrece primero la geología<sup>402</sup> lo mismo que las ciencias de la tierra y las ciencias naturales afines, la geomorfología, la pedología, la hidrología y la climatología, la botánica y zoología, pero también, hasta cierto punto, es subjetivo, de acuerdo con la percepción singular que de él tengan los hombres en las diversas épocas. Por ello aquí trataremos de recoger testimonios distintos, a lo largo de los siglos, de la apreciación del paisaje natural del istmo panameño sobre el que se asentó una población para organizar un espacio a su manera y utilizar el suelo según sus necesidades y posibilidades.

Surgidas de una profunda fractura abisal, aparentemente en el jurásico, un grupo de islas formará, desde el cretáceo superior, hace poco menos de 100 millones de años, un archipiélago que comienza a separar los dos grandes océanos del planeta en evolución.<sup>403</sup> Pero los intensos procesos tectónicos más recientes, del neógeno, dislocan los relieves preexistentes y provocan un levantamiento generalizado de las islas y de todo el territorio submarino, sometidos a fuertes tensiones tectónicas, a fallas horizontales de torsión, a los efectos de las grandes placas, del Pacífico y del Caribe, que chocan con la microplaca de Panamá.<sup>404</sup> Finalmente, esta parte del continente hace relativamente poco, al final del terciario, cerca de 3 millones de años, se convierte en un verdadero istmo que separa, hasta hoy, las aguas oceánicas. Allí tenemos el primer dato fundamental, el ístmico, que interviene en la organización posterior del territorio, tanto en la época precolombina como en aquella objeto de este estudio, desde el siglo XVI hasta principios del siglo XX. Pero otros datos del relieve y la geología son útiles para comprender lo que sucedió localmente, cómo se articuló un espacio teniendo en cuenta la topografía y el sistema hidrográfico; cómo el medio natural, de acuerdo con sus datos más permanentes, ofrece límites y posibilidades a la acción humana durante los últimos siglos de nuestra historia de la conformación de los paisajes geográficos panameños; y cómo estos hechos son básicos para comprender las modalidades del uso y ocupación del suelo, en especial en actividades productivas agropecuarias.

De acuerdo con la geología y la topografía, reconocemos dos grandes sistemas en la geografía panameña,<sup>405</sup> que se articulan a partir del istmo central de Panamá, espacio más bien rectangular de 60 kilómetros de ancho por 60 kilómetros de largo, entre el Atlántico y el Pacífico, entre los macizos de Cerro Azul y la Sierra Llorona al este y los de Campana al oeste, en donde las serranías del sistema andino dan paso a un área de transición, región

<sup>402</sup> Sobre el tema la bibliografía no es muy abundante: D. DEL GIUDICE, **Características Geológicas de la República de Panamá**, UNAM Instituto de Geología, boletín N° 1, p. 4-25, México 1977. Robert A. TERRY, *A Geological Reconnaissance of Panamá*, Calif. Acad. of Sci., Occasional Paper, N° 23, 1956. Thomas GARDNER y otros, **Geomorphic Systems of North America-Central America and Caribbean**, Geological Society of America, Boulder Col 1987, Vo. 2, pp. 434-402. Sobre las investigaciones de ciencias naturales a lo largo de la historia hay referencias en Novencido ESCOBAR, **El Desarrollo de las Ciencias Naturales y la Medicina en Panamá**, tomo 13 de la Biblioteca de la Cultura Panameña, Panamá 1987.

<sup>403</sup> Según el **Atlas Nacional de Panamá**, 1975, op. cit., y el **Atlas Nacional de la República de Panamá** de 1988, op. cit.

<sup>404</sup> Ver Alan GRAHAM, «*Vegetation Paleohistory Studies in Panama and Adjacent Central America*», en **The Botany and Natural History of Panama: La Botánica e Historia Natural de Panamá**, editado por William G. D'ARCY y Mireya D. CORREA, Saint Louis, Estados Unidos, 1985, pp. 161-178.

<sup>405</sup> Presentación diferente a la de Angel RUBIO, **Esquema Geográfico de Panamá**, Rio de Janeiro 1961, en donde se reconocen más bien elementos estructurales: tierras altas, montañas y macizos de origen volcánico; y tierras bajas, colinas y llanuras de origen sedimentario.

de colinas bajas, la superficie de erosión de la llamada meseta del Chagres. Por un lado, vemos el occidente del país dominado por el alto espinazo de origen ígneo, volcánico, de la cordillera central desde los cerros Trinidad y Campana hasta la frontera con Costa Rica, cerca de 350 kilómetros al oeste, de la que se desprenden, en Veraguas, dos ramales con dirección al sur, geológicamente un poco más viejos: primero y a lo largo de unos 70 kilómetros las más bien bajas alturas de la península de Las Palmas y, después de la planicie de Santiago, por 80 kilómetros de longitud se extienden las serranías de Azuero de hasta 1,550 metros de altitud (macizo de cerro Hoya al extremo sur) con el macizo del Canajagua (830 m.) al este, enfrente de Las Tablas. Por otro lado, hacia el este del Chagres, el sistema topográfico, muy diferente, geológicamente un poco más antiguo que la cordillera central, está dominado por las grandes depresiones sedimentarias del centro del Darién, enmarcadas por serranías que corren bordeando la costa, al norte y al sur y por los macizos de Cerro Azul y la Sierra Llorona al oeste y del Pirre al este, que lo separa de la amplísima depresión del Atrato en la actual República de Colombia.

La joven y abrupta cordillera central corre al oeste del Chagres, desde las alturas de Campana y sus varios pitones volcánicos como el cerro Trinidad (975 m.) y el Valle de Antón (Cerro Gaital con 1,173 m.) apenas superiores a los 1,000 metros hasta las de Chiriquí que superan los 3,400 metros (volcán Barú de 3,475 m.), producto en mucho de apilamiento de emanaciones magmáticas del terciario, con sus rocas ígneas extrusivas, basaltos y duras andesitas, ignibritas, tobas más friables, con pequeños macizos de rocas intrusivas como granodiorita, en el centro de Azuero y en la frontera de las provincias de Veraguas y Chiriquí. Cordillera cubierta durante siglos por selvas tropófilas, espesas, salvo algunos montes con la llamada paja de mula que prospera sobre tobas muy pobres. Igual tectónica extrusiva encontramos al sur de la cordillera central en los macizos de Soná (de 600 a 700 m.) disecados por fallas ocupadas por ríos encañonados, y de Azuero, más erosionados, por ello más bajos y redondeados, en donde se complicarán con relieves más antiguos, pre-terciarios y con grandes intrusiones granodioríticas por el área llamada, con razón, Las Minas, y extensas formaciones calizas de origen sedimentario, batial. Pero las rocas extrusivas dominan la geografía del istmo al oeste del Chagres, su espinazo volcánico y se convertirán en eje esencial de la estructura de un espacio definido, en gran medida, por este dato topográfico fundamental, que divide, que separa dos partes desiguales, a causa de su disimetría morfológica, producto de un ligero basculamiento hacia el sur que parece haber elevado la costa norte cerca de un centenar de metros: las estrechas llanuras litorales del Caribe, de dos decenas de kilómetros cuando más y las más amplias del Pacífico, de hasta 50 kilómetros, sede de casi todo lo que sucedió en el territorio panameño desde hace ya casi cinco siglos, excepto, naturalmente, lo que ocurrió en el istmo central de Panamá hasta Nombre de Dios/Portobelo-Colón. Mientras que en Azuero sucede igual con sus fachadas este y oeste, más amplia aquélla frente al golfo de Parita, ocupada por el colonizador desde temprano, mucho más estrecha ésta, la de Mariato frente al golfo de Montijo y al sur frente al Pacífico en donde bordea la costa, espacio más bien virgen aún hoy.

Montañas altas de la cordillera central, repulsivas al poblamiento y a la ocupación del espacio sobre todo en su vertiente atlántica, cubiertas de bosques espesos, de una pluviselva tropical áspera e impenetrable, de un verde intenso, oscuro como sombrío es su interior, repleto de biodiversidad que aún asombra en nuestros días, llena de animales y de plantas variadas, fueron siempre sinónimo de región inaccesible, opuesta al hombre civilizado, guarida de bestias feroces y de cimarrones, de indígenas considerados salvajes.

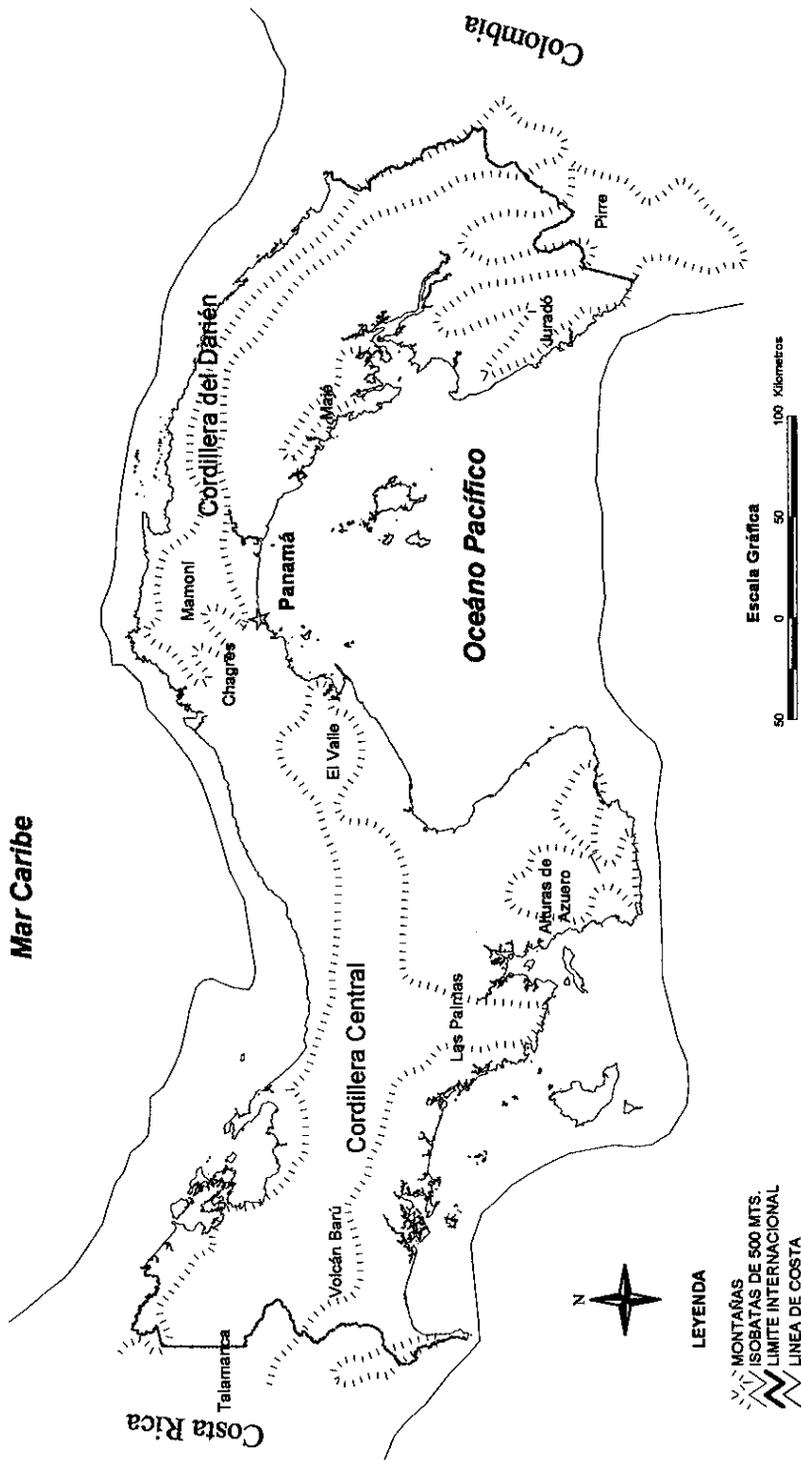


Fig. 31. Elementos estructurales del Istmo de Panamá.

Lugares que no crearon, como en muchas otras partes del mundo, una cultura del montañés, ausente enteramente en Panamá. Sin embargo, más recientemente, en el siglo XX, comienzan a poblarse ciertas regiones montañosas, a ocuparse más intensamente los pequeños valles altos y fértiles de Chiriquí, Boquete (1,200 m.), Volcán (1,500 m.), Cerro Punta (2,200 m.) y Río Sereno (1,000 m.) con sus ricos suelos volcánicos dedicados al cultivo del cafeto, las flores y las legumbres, y, más cerca a la ciudad de Panamá, los valles alrededor de Penonomé, mucho más bajos, de 200 a 300 metros de altitud en donde se cultivan cafetos desde la segunda mitad del siglo XIX. A sólo 125 kilómetros de distancia por tierra de la capital encontramos el Valle de Antón, con fondo plano de origen lacustre a 600 metros de altitud del cráter de un antiguo volcán, que se comienza a ocupar por colonos desde mediados del siglo XIX<sup>406</sup> y que se convierte en lugar de vilegiatura de la burguesía desde la década de 1920. Mientras que un tercer gran cono volcánico en Coclé, en donde nace el río Grande, rodeado de altas cumbres de 1,448 metros (Cerro Negro) a 1,764 metros (Cerro Chicú), se encuentra más bien despoblado, con pocos hombres. Montañas de malos suelos, infértiles, que albergan, sin embargo, valles entallados, cavados en sus cursos superiores por los ríos que desembocan en el Pacífico, como los de Churuquita, La Pintada y Copé, al norte de Penonomé, los de Calobre y Cañazas, en Veraguas, o el de Macaracas, en el centro de Azuero, mientras que el amplio y fertilísimo valle de Tonosí, más bajo entre los macizos de Cerro Hoya al oeste y del Canajagua al este, que comienza a ser ocupado tarde, en el siglo XIX, es formación aluvio-coluvial relacionada, estrechamente, con un sistema de fallas en dirección noroeste-sudeste hasta el mar, en el sur de la península de Azuero. Aquí, la cordillera cae abruptamente al agua: «de Mareato á Morro de Puercos... costa brava y de peñascos que bate la mar en ellos, es tierra alta, amogotada y montuosa y hay mucho fondo»,<sup>407</sup> donde la plataforma continental es estrechísima como en ninguna otra parte en Panamá, de algunos kilómetros solamente, separada de los fondos marinos de más de 2,000 metros por un igualmente estrecho talud continental.

Cordilleras al oeste del Chagres que encierran minerales relacionados con la presencia de intrusiones granodioríticas, oro en Capira, en Coclé al norte de Penonomé y en Veraguas, al norte de Cañazas y el este de San Francisco (Remance) y de Santa Fe, y cobre que se encuentra en un río con ese nombre «porque el agua que por él viene... sabe tanto a cobre, que aún los caballos con sed no la quieren beber i la causa desto es que debe de nascer o venir por algunos minerales de dicho metal»,<sup>408</sup> de Cerro Colorado precisamente, uno de los mayores yacimientos del continente en la zona de frontera entre Veraguas y Chiriquí, en la serranía del Tabasará.

Eso no será así en las extensas formaciones de piedemonte típicas, los explayamientos hidrovolcánicos, sobre todo en forma de amplios abanicos semi abiertos que descienden en planos inclinados suavemente a lo largo de dos a tres decenas de kilómetros en la vertiente pacífica del volcán del Valle de Antón y, un poco más, en la fachada que mira el sur de la más reciente formación volcánica, la del Barú, en Chiriquí, cuya vertiente atlántica, las cuencas de los ríos Changuinola (100 kms.) y Teribe (75 kms.) drenan un gran macizo de origen volcánico con altitudes superiores a 3,000 metros (cerros Fábrega de 3,335 m., Itamut de 3,279 m. y Echandi de 3.162 m.), el mayor del país que comparte con

---

<sup>406</sup> Jose NOTO, **Historia del Valle de Antón**. Panamá. 1985

Costa Rica, y se desarrollan sobre grandes depósitos de calizas y de extrusiones magmáticas y volcánicas. Allí, en Bocas del Toro, se advierte la presencia, desde poco antes de mediados del siglo XIX, de hulla, carbón mineral, fenómeno estudiado por los geólogos de la época.<sup>409</sup> En los dos piedemontes volcánicos enfrente del Pacífico ya citados, el de Chiriquí y el de Coclé, separados por casi tres centenares de kilómetros, cubiertos de tobas, cenizas blanquecinas poco consolidadas y bombas, piedras redondas lanzadas por las explosiones de los volcanes hoy inactivos, vemos una vegetación pobre, de sabanas ralas y parque tropical que ocupan estas regiones, muy erosionadas y hasta carcavadas, con cañoncitos cavados por el drenaje radial, en parte paisaje lunar de tierra accidentada al sur del Valle de Antón o al norte de Potrerillos en el Barú. A esos piedemontes volcánicos añadimos también en la vertiente del Pacífico los de las llanuras de acumulaciones morfoclimáticas, grandes zonas de sedimentos más antiguos depositados por la fuerte erosión en un clima tropical húmedo, cubiertas de suelos mediocres, muchas veces infértiles, con su vegetación xerófila resistente a la sequía y al fuego, también de sabanas y parque tropical y sus asociaciones del guarumo (*Cecropia* spp.), chumico (*Curatella americana*), nance (*Byrsonima crassifolia*) y marañón (*Anacardium occidentale*).<sup>410</sup>

Estos piedemontes morfoclimáticos, esta vez ocupados por una gran pluviselva, los encontramos muy desarrollados en la vertiente del Caribe en el norte de Coclé, desde el litoral veraguense en el río Calovébora hasta casi el lago Gatún —espejo de agua artificial creado en 1914 para el Canal de Panamá—. Estos son paisajes casi vacíos, sin hombres, en donde relieves residuales de hasta algunos centenares de metros de altura, colinas y cerros como Cerro Petaquilla (425 m.) y Cerro San Lucas (404 m.), sobresalen en los planaltos ondulados de más de 100 metros de altura y las llanuras onduladas<sup>411</sup> y presentan grandes concentraciones de minerales, oro y cobre principalmente, en yacimientos también entre los más importantes del continente americano, en áreas en donde se advierten intrusiones de granodioritas.

Piedemontes semejantes, morfoclimáticos, están igualmente presentes al sur, sobre todo en el espacio comprendido entre las relativamente pequeñas, ricas y fértiles llanuras litorales del Pacífico cubiertas de aluviones más recientes, cuaternarios, en donde se concentra lo principal de la actividad agropecuaria, y los relieves más erguidos de la cordillera central. Así los vemos en Coclé (al norte de Aguadulce), en Veraguas (centro de la provincia alrededor de Santiago) y en Azuero, desde Ocú hasta Pedasí, en forma de llanuras débilmente inclinadas y suaves colinas, todas cubiertas de sabanas y del parque tropical. Los advertimos también en Chiriquí igualmente entre la estrechísima y muy rica llanura aluvial reciente y la montaña, en el área de Remedios-San Lorenzo y hasta el noreste de David en donde «por la abierta campiña de yerba del cinturón de sabanas, se extiende una ancha faja de bosque como una guirnalda desde el pie de las montañas, en la cual los más altos, hermosos y magníficos árboles de los trópicos, están ricamente representados cerca de las muchas colinas coronadas de bosques y grupos de árboles que están repartidos como islas en la llanura»,<sup>412</sup> tal como la vio y recorrió Moritz Wagner en 1858. Paisaje

<sup>409</sup> Yacimientos advertidos por primera vez por el inglés William WHEELWRIGHT, en su visita en 1842-1844, *Observations on the Isthmus of Panama*, Londres 1844.

<sup>410</sup> Antonio TOURIÑO, «Procesos Morfogénéticos Plio-Cuaternarios en la llanura de Coclé», en *Revista Geográfica*, N° 1, Panamá 1976, pp. 43-75.

<sup>411</sup> Ligia HERRERA, Carmen MIRÓ, Guillermo CASTRO, *Medio Ambiente y Sociedad en el Atlántico Centro occidental de Panamá*, Panamá 1985, pp. 11 ss.

<sup>412</sup> Moritz WAGNER, op. cit., p. 171.

semejante pero más yermo, de sabana rala observamos en el centro de la provincia de Veraguas alrededor de Santiago hasta Las Palmas 50 kilómetros al oeste, también con suelos mediocres, rojos, y relieves residuales, numerosos cerritos y otros bajos, producto de la erosión selectiva que ataca menos las rocas más duras, ígneas, bloques de andesitas y riolitas, coladas de lavas, a veces diques volcánicos y lacolitos, que sobresalen algunas decenas y hasta más de un centenar de metros de la llanura. Todas estas llanuras de acumulación, suerte de zona anterior de la montaña y al pie de la misma, tendrán importancia fundamental en la ocupación del espacio y el uso del suelo durante el período estudiado; serán lugar de poblamiento temprano, más bien desde el siglo XVII, cuyo uso se irá intensificando a medida que se ocuparán, con densidades mayores, las llanuras aluviales del sur, las primeras explotadas por el conquistador y el colonizador gracias a la mano de obra de sus indígenas de encomienda como de sus esclavos y luego de sus jornaleros. Serán sede, importantísima, por lo menos en las sabanas del Pacífico, de una ganadería extensiva y una agricultura de roza, del maíz principalmente, que se desarrollará a lo largo de los siglos. Ellas, junto con las vegas aluviales que se extienden con mayor amplitud en Antón y en Natá-Aguadulce-Santa María, estarán ocupadas por sabanas amplísimas, al momento de la llegada del conquistador a principios del siglo XVI. La región central parecía aún más abierta que las sabanas cerca de Chepo y la ciudad de Panamá, según el testimonio de Pascual de Andagoya quien, después de su primera visita en 1517, declara que «de Chame a la Provincia de Chirú y hay ocho leguas de despoblado a la misma vía... Desta provincia a la de Natá hay cuatro leguas de despoblado. Todas estas tierras son finas y llanas y muy hermosa tierra».<sup>413</sup> Gaspar de Espinosa, que recorrió la región en la misma fecha confirma y amplía la descripción anterior al decir que «en las dichas provincias de Natá é Chirú é todo lo desde allí adelante, fasta Comagre, es tierra tan llana como la palma, tierra muy sana é toda sabana, sin montes, más de las arboledas que hay en las riberas de los ríos, é las de Natá fasta Guarari ansi mismo; la costa muy gentil é casi toda playa... Es toda esta tierra que de verano é invierno se puede toda andar á caballo, tan bien é mejor que no la de Castilla».<sup>414</sup> Rápida descripción entusiasta de la región de sabanas naturales y antropógenas desde el Bayano (Comagre) cerca de Chepo hasta el sur de Azuero (Guarari) que completa con el centro de Veraguas, «toda tierra muy llana é al parecer, segun dezian los indios, muy poblada é muy clara, é sin arcabucos, é muy hermosa tierra».<sup>415</sup> Sin arcabucos, sin montes cerrados y espesos que, de todas maneras, no podrían mantener los latosoles infértiles de la región.

Después de un siglo de haberse iniciado un nuevo tipo de ocupación humana hispánica y africana en la vertiente del Pacífico, en 1631 Diego Ruiz de Campos describe, minuciosamente, el paisaje natural y humano de la región comprendida entre la ciudad de Panamá y la Punta Burica, en el extremo de Chiriquí, en recorrido sinuoso que sigue la línea de costa a lo largo de casi un millar de kilómetros.<sup>416</sup> Tomamos de la mano al marino y vemos unas islas, Naos, Perico, Flamenco, Taboga, Taboguilla, Otoque, Coiba,

---

<sup>413</sup> Pascual de ANDAGOYA, en José Toribio MEDINA, **El Descubrimiento del Océano Pacífico**, tomo II, doc. 11 de Cartas y Relaciones, citado por Carlos Manuel GASTEAZORO y otros, op. cit., t. I, p. 74.

<sup>414</sup> Gaspar de ESPINOSA, «Relación hecha por Gaspar de Espinosa...», en **Colección Cuervo**, op. cit., t. II, p. 481.

<sup>415</sup> *Ibidem*, t. II, p. 485.

<sup>416</sup> Diego RUIZ DE CAMPOS, **Colección Cuervo**, op. cit., t. II. Analizado también en Omar JAÉN SUÁREZ, **Hombres y Ecología en Panamá**, op. cit., pp. 50-52.

Gobernadora, Leones, Cébaco y Parida, con un paisaje natural de selva tropical y sus escasos claros producidos por la ocupación humana, singularmente en aquellas más cerca de la capital, en la bahía de Panamá. Luego nos descubre un paisaje alrededor de la ciudad más abierto, de llanadas con ganados y mayor presencia del hombre. Los medios intertidales que cubren las fuertes mareas del Pacífico en donde prosperan los altos mangles panameños y su vegetación asociada, además de algunas arboledas dispersas, completan la descripción de una región con una débil ocupación humana. Pero más lejos aún, el relato nos recuerda el testimonio, un siglo atrás, de Gaspar de Espinosa (1517), conquistador de Natá,<sup>417</sup> cuando Ruiz de Campos declara que «desde esta dicha punta de Chame (extensa flecha litoral) empiezan zabanos i campiñas rasas que se ven desde la mar sin arboleda ninguna en la costa, la cual desde la dicha punta corre la vuelta del Norte hasta la ensenada de Natá». Manglares, para el cronista por cierto reducidos, desde el río Grande hasta la boca del río Parita aparentemente, en donde las sabanas, amplísimas, continuaban detrás sin interrupción, salvo el ancho bosque-galería del río Escoria (Santa María), hasta el valle del río Oria, en el litoral sur de Azuero. Luego, en el golfo de Montijo, rodeado de densas selvas tropicales, un paisaje diferente, de ría, dominaba con sus manglares característicos, mencionados sólo en la boca de los ríos Martín y Tabarabá (San Pablo), aunque la planicie veragüense cerca de San Pedro de Montijo y La Atalaya contase con «gran suma de ganado vacuno i de cerda i muchas gallinas» sobre la estrecha sabana edáfica. Finalmente, después de mostrarnos un litoral montuoso, con densas selvas tropófilas y manglares en los numerosos cursos de agua que drenan la península de Las Palmas y la alta cordillera oriental de Chiriquí llamada también del Tabasará que alcanza entre 1,400 y 2,292 metros de altitud, el autor habla más bien de arboledas en las desembocaduras de los ríos Chorcha y Chiriquí y sobre todo hacia el occidente, en el valle de los ríos Chiriquí Viejo y Garanche (Gariché) que drenan el mismo volcán Barú, la rica y más extensa tierra aluvial en el Istmo, reciente, cuaternaria, en la zona del actual Puerto Armuelles.

En el istmo central de Panamá dominan las áreas de colinas con sus pediplanicies en tres niveles: superiores (Capira, La Chorrera y Arraiján, Buenavista), intermedias (norte de la ciudad de Panamá hasta el Chagres) e inferiores (ribera del lago Gatún)<sup>418</sup> con relieves residuales de rocas duras que sobresalen como el cerro del Oro (177 m.) cortado por el canal interoceánico, el cerro Balboa (349 m.) o el Peñón (400 m.) de Las Cumbres, y valles aluviales en parte inundados hoy. Pediplanicies en general constituidas de rocas sedimentarias, tobas y aglomerados, con topografías vinculadas a superficies de erosión como la meseta del Chagres, unidad morfológica que separa y vincula las dos grandes regiones del país al este y al oeste que hemos mencionado, zona de «muchos valles y ríos, y bravas montañas y espesísimas arboledas» las de su frontera este por supuesto, la Sierra Maestra y la Sierra Llorona,<sup>419</sup> a principios del siglo XVI. También, en su centro, «paisaje parecido a enormes olas rizadas en el mar»,<sup>420</sup> en donde «las miradas se pierden en un caos de mamelones tapizados de verdura»,<sup>421</sup> observamos una inmensa selva tupida resplande-

<sup>417</sup> Gaspar de ESPINOSA, «Relación hecha por Gaspar de Espinosa...», **Colección Cuervo**, op. cit., t. II, p. 481.

<sup>418</sup> Antonio TOURIÑO y Jaime JAÉN, «Características del Medio Físico-Natural de la Región Metropolitana», en **Lotería**, N° 292, Panamá julio de 1980, pp. 59-66.

<sup>419</sup> Gonzalo FERNÁNDEZ DE OVIEDO, **Sumario de la Natural Historia de las Indias**, op. cit., p. 269.

<sup>420</sup> Donald MC DONALD, «Some Engineering Problems of the Panama Canal in their relation to Geology and Topography», Washington 1915, publicado en Omar JAÉN SUÁREZ, **Geografía de Panamá**, op. cit., p. 125.

<sup>421</sup> Armand RECLUS, op. cit., p. 83.

ciente de verdor, que cubre la cuenca del Chagres y llega hasta el Atlántico, hasta la extensa zona pantanosa de cieno oscuro y repulsivo, alrededor de Colón. Mientras que por la más corta vertiente del Pacífico llegamos hasta la ciudad de Panamá y sus inmediaciones al oeste hasta el valle de Capira, región más despejada, tanto en el valle de Pacora al este como en las planicies junto al cerro Ancón (195 m.), el valle del río Grande, las faldas del cerro Cabra (507 m.) y las planicies de La Chorrera «tierra llana y sin arboleda...sabanas i llanadas que sirven de pasto y comedero para el ganado.»<sup>422</sup> Precisamente en 1535, Pedro Cieza de León encontró alrededor de la capital «muchos términos y corren otros muchos ríos, donde en algunos de ellos tienen los españoles sus estancias y granjerías, y han plantado muchas cosas de España, como son naranjos, cidras higueras... Por los campos hay grandes hatos de vacas, porque la tierra es dispuesta para que se críen en ella. Los señores de las estancias cogen mucho maíz...»,<sup>423</sup> aprovechándose así de una región ya desmontada anteriormente, lo mismo que hasta las riberas del Chagres, «tierra desocupada de arboleda, y llanos, y todo lo más de estas cuatro leguas es raso».<sup>424</sup> Región transísmica dividida por el río en dos grandes zonas: dos terceras partes hasta el Caribe más húmedas, boscosas, y un tercio, hasta el Pacífico, más bien sabanero y de bosques húmedos y secos tropicales. Aquí los sistemas de fallas comandan, en gran parte, la hidrografía. Ríos que siguen así las zonas de menor resistencia, de más fácil evacuación. Ello es sobre todo importante con el río Chagres (193 kms.), el principal del país y de lejos, sino por su longitud por su función histórica.

Montañas un poco diferentes encontramos al este del Chagres, las de la Sierra Maestra (482 m.), la Sierra Llorona (979 m. del cerro Bruja), los relieves alrededor de Cerro Azul (1,007 m. del Cerro Jefe) y el nudo del Mamóni también de rocas extrusivas y selvas espesas y sus amplias intrusiones granodioríticas relacionadas con las minas de oro de Pequení y Santa Rita, con sus calizas sedimentarias al oeste, entre las ciudades de Panamá y Colón. Más al este, en el Darién, advertimos los bloques horst, monoclinales, cordilleras más bajas y antiguas y las estrechas serranías de San Blas (de 600 a 700 m.) y su continuación, la del Darién (de 1,000 a 1,875 m. del Cerro Tacarcuna), en forma de extenso arco septentrional de 300 kilómetros hasta el golfo de Urabá y la amplia depresión del Atrato, en Colombia, todas cercanas al mar, al Caribe. Al extremo este, en la frontera colombiana encontramos las serranías del Pirre (con el cerro Setetule de 1,220 m.), con su valle aurífero de Cana y, hacia el sur, a lo largo de 110 kilómetros las serranías más abruptas con picos de hasta 1,500 metros de altitud del Sapo y de Juradó (Cerro Piña de 1,581 m.) que corren de noroeste al sureste junto al mar, por el área de Puerto Piña, y, ligeramente al interior la serranía de Jungurudó, también paralela al Pacífico, de donde surgen, en sentido sureste-nordeste, las bajas colinas redondeadas, con rocas muy meteorizadas, de la llamada serranía del Bagre. Estas montañas cierran el arco de bloques levantados horst, formaciones antiguas, pre-terciarias como las del norte, las serranías del Darién, que contienen el corazón de las mayores depresiones tectónicas ocupadas por los valles de los ríos Chucunaque y Tuira, el primero más plano, lleno de meandros y de pantanos de un río que se desliza con lentitud y el segundo, más disecado, con márgenes secas, de un río que desciende con mayor rapidez. Entre estas serranías del sur y siguiendo

<sup>422</sup> Diego RUIZ DE CAMPOS, op. cit.

<sup>423</sup> Pedro CIEZA DE LEÓN, en **Historiadores Primitivos de Indias**, citado por Celestino Andrés ARAUZ y otros, op. cit., t. I, p. 100.

<sup>424</sup> Gonzalo FERNÁNDEZ DE OVIEDO, **Sumario de la Natural Historia de las Indias**, op. cit., p. 270.

la dirección de un sistema de fallas tectónicas en la misma dirección dominante, encontramos los amplios valles de los ríos Balsas (87 kms.) que cae en la boca del Tuira y del río Sambú (85 kms.), que termina en la ría del golfo de San Miguel. Al sur y frente al Pacífico después de las últimas estribaciones de la serranía del Bagre, atravesando los 25 kilómetros del valle bajo del río Tuira frente a La Palma, antes de verterse al amplio golfo de San Miguel, se encuentra relieve parecido con rocas semejantes un poco más allá de los altos de río Congo (cerro Pechito Parado de 591 m.) la serranía de Majé al norte de Chimán —con su cumbre máxima de 1,439 metros el cerro Chucantí— rodeada, por cierto, de grandes formaciones calizas, especialmente al sureste. Entre estos sistemas orográficos levantados se encuentran las amplias y viejas depresiones tectónicas, bloques sinclinales que se han hundido hace ya mucho tiempo, ocupadas por cuencas sedimentarias en sentido noroeste-sudeste, del Bayano, Chucunaque y Tuira. Ellas forman el centro de un territorio de suelos fértiles pero en gran parte inundables casi siempre vacío, difícil de acceder y controlar, cubierto, después de la destrucción de la población amerindia a principios del siglo XVI y hasta el siglo XX, de una extensísima selva húmeda, miasmática, de un verde intenso, con sus altos árboles sobre cuyo dosel de 35 metros sobresalen los mayores especímenes de hasta 55 metros de altura, y su sotobosque a veces enmarañado, oscuro. Selva llena de vida animal y vegetal, repleta de la más asombrosa biodiversidad que se pueda encontrar en los trópicos, sometida, en la segunda mitad del siglo XX, a una intensa deforestación. Territorio inmenso que sin embargo permanecerá más bien al margen de todo lo esencial.

Los piedemontes, llanuras de acumulaciones morfoclimáticas, se encuentran también al este del Chagres en el Bayano y el Darién. Pero aquí, en vez de mirar hacia el Pacífico o hacia el Atlántico, miran hacia el centro, hacia el interior de las amplias depresiones, hacia los cursos de los grandes ríos principales localizándose entre la vega aluvial reciente del Bayano (200 kms.), del Tuira (165 kms.) y del Chucunaque (175 kms.) y las montañas de la región, los bloques horst que se levantan al norte y al sur de las amplias depresiones. Depresiones darienitas ocupadas, en el siglo XVI, por sabanas antrópicas, sin duda extensas en el valle del Bayano y el valle alto del Chucunaque por lo menos al encontrarse, en 1514 que «la primera provincia desde Acla hacia el oeste es Comagre, donde comienza tierra rasa y de sabanas»,<sup>425</sup> en donde en el verano los señores indígenas quemaban los herbazales para cazar venados «y como la yerba es grande el fuego se hacía mucho...»,<sup>426</sup> y por igual en la segunda mitad del siglo XIX cuando se asocian también con bosques tropicales y selvas cada vez más tupidas hacia el Chucunaque, región con pocos hombres.<sup>427</sup> En efecto, ya a fines del siglo XVII Lionel Wafer menciona la frontera del río Chepo (Bayano) puesto que «el país cambia en cierta manera de aspecto alrededor de ese río, pues si hay selvas al este, se ven sabanas al oeste».<sup>428</sup> Hacia el sur, en la vertiente del Pacífico, el Darién se pone en contacto con el mar mediante más bien una zona pantanosa, con manglares, en el área de Chimán y alrededor del golfo de San Miguel.

En la costa atlántica por Nombre de Dios y alrededor del pequeño golfo de Mandinga, en San Blas, estas llanuras de piedemonte suavemente inclinado, estrechas, ape-

---

<sup>425</sup> Pascual de ANDAGOYA, en José Toribio MEDINA, *El Descubrimiento del Océano Pacífico*, tomo II, doc. 11 de Cartas y Relaciones, citado por Carlos Manuel GASTEAZORO y otros, op. cit., t. I, p. 74.

<sup>426</sup> *Ibidem*.

<sup>427</sup> Según Armand RECLUS, op. cit., sobre todo pp. 260 ss.

<sup>428</sup> Lionel WAFER, op. cit., p. 54.

nas uno a cuatro kilómetros solamente, como conviene a un litoral igualmente limitado, se encuentran entre las montañas y la tenue franja aluvial más reciente que se pone en contacto con la línea de costa, también selváticas a causa de mayores precipitaciones orográficas, con numerosos manglares.

El último gran acontecimiento geológico en Panamá sucedió hace relativamente poco cuando la más reciente transgresión marina<sup>429</sup> comienza a penetrar desde hace 12,000 años aproximadamente en más de la mitad del territorio istmico, creando los golfos de Panamá, de San Miguel, de Montijo y de Chiriquí en el Pacífico, lo mismo que la bahía de Almirante y la mal llamada Laguna de Chiriquí en el Caribe que conforman, ambas, un hermosísimo mar interior en Bocas del Toro. Allí sobresalen, como islas, los relieves más elevados, siendo los más importantes Colón, Bastimentos, Popa, Cristóbal y Cayo Agua, además de Escudo de Veraguas, islote solitario que mira a 20 kilómetros mar adentro la extensa playa de Chiriquí, alta duna litoral delante de un inmenso e inhóspito pantano en parte salino ocupado por un grandísimo bosque de orej (Camptosperma panamensis) y sus especies relacionadas, que continúa hasta los contornos de la Laguna de Chiriquí. Hacia el otro extremo del Istmo, al este, el archipiélago de las Mulatas llamado también de San Blas, de innumerables islas e islotes diminutos de origen coralino (252 en total), es mucho más reciente, de hace algunos millares de años nada más en el Caribe, mar cerrado con mareas que no superan aquí el metro de amplitud. Este archipiélago se inicia, para nosotros, en Cabo Tiburón, pequeño promontorio al oeste del golfo de Urabá con su ensenada de La Miel, en donde comienza una costa compleja, intrincada, con sus innumerables ensenaditas, caletas, cayos y canales, y playas de arena blanca enmarcadas por extensos palmares que se agitan al golpe del alisio. Es este una especie de paraíso tropical asombroso, larguísimo «lagoon» tahitiano pero en el Caribe de casi dos centenares de kilómetros hasta el golfo de Mandinga, aunque con una anchura de sólo algunos kilómetros hasta la línea de arrecifes de coral. Costa septentrional recorrida y estudiada, detenidamente, en el siglo XVIII y también principios del XIX por la expedición Fidalgo, entre 1803 y 1805.<sup>430</sup>

En el Pacífico panameño, mar diferente con amplias mareas de hasta 6 metros, investigado en 1790 por la expedición científica Malaspina —rama marina de la de Antonio Pineda—<sup>431</sup>, sobresalen, después de la reciente transgresión marina, Taboga y Otoque y el archipiélago de Las Perlas con 227 islas, isletas e isletillas. Entre ellas está la mayor, del Rey,

<sup>429</sup> Las aguas del mar, situadas a un poco menos de 50 metros bajo el nivel actual, ascienden a aproximadamente 1 cm. por año al derretirse la calota glaciaria, entre 9,350 a.C. y 6,550 a.C. al final de la glaciación de Würms hace 12,000 años. Después la velocidad de ascenso del mar es un poco más lenta hasta el año 2,250 a.C. cuando se estabiliza en su nivel actual. Ello hace que se inunde gran parte del territorio que forma el actual golfo de Panamá y se repliegue, hacia el norte, la escasísima población amerindia existente en el área por esas épocas. Ver, sobre estos fenómenos de cambio eustático del nivel de las aguas a A. GOLIK, «History of Holocene Transgression in the Gulf of Panamá», en *Geological Journal*, vol. 76, 1968, y A. S. BARTLETT y E. S. BARGHOORN, *Phytogeographic History of the Isthmus of Panamá during the past 12,000 years (A history of Vegetation, Climate and Sea Level Change)*, Amsterdam, 1973.

<sup>430</sup> Colección Cuervo, op. cit., t. I. *Costa de la Provincia de Darién del Norte y Costa de la Provincia de Porto-Velo*, pp. 198-306. Igualmente, *Exploración de las playas de la Costa Norte de la antigua provincia de Veragua*, Manuel de Jesús ATENCIO, 1787. *Reconocimiento de la Costa y Laguna de Bocas del Toro*, Fabián ABANCES, 1787. *Relación de toda la Costa del Mar del Norte desde Porto-Velo al Puerto de Omoa*, Nicolás de PALAZUELOS, 1757. *La Laguna de Bocas del Toro. Exploración de la Costa de Tiburón y Veraguas*, Luis ARGUEDAS, 1786-87. *Exploración de la Costa de Bocas del Toro*, José Antonio MORANTE y Fabián ABANCES, 1787. *Exploración de la Costa de Calidonia y del Darién*, Francisco Xavier MONTY y otros, 1761.

<sup>431</sup> Alejandro MALASPINA, «Navegación frente a las costas del Cauca y Panamá», 1790, Colección Cuervo, op. cit., t. II, pp. 142-158.

de 240 km<sup>2</sup>, en el golfo de Panamá, que visitó y describió William Dampier a fines del siglo XVII<sup>432</sup> y a fines del XIX el explorador sueco Carl Bovallius, encontrándolas todas casi siempre «cerradamente montuosas, resplandecientes de profundo verdor».<sup>433</sup> Hermosísimos paisajes insulares en un mar cambiante de aguas cristalinas y playas de arenas blancas como en Contadora, más seca, estructura monoclinas de areniscas, otras, que dejan sus farallones de basalto al descubierto batidos por el mar, llenas de pájaros, feraces como Viveros y espléndidas como San José; algunas, donde hay agua dulce todo el año, con pequeños caseríos de negros coloniales. También en el Pacífico tenemos a Coiba, la isla más extensa del país, con 493 km<sup>2</sup> de verdes montañas y planicies y lindas playas, y cerca Jicarón; las islas Leones, Cebaco y Gobernadora en el golfo de Montijo; y, más lejos, las islas Contreras y las Paridas en el golfo de Chiriquí. Todas ellas son relieves residuales de rocas volcánicas más duras o de estructuras sedimentarias antiguas, del terciario medio, que sobresalen de la nueva zona ocupada por el mar, a saber las amplias llanuras litorales que fueron, hasta hace relativamente poco, esos golfos de Panamá, Montijo y Chiriquí en donde se advierten cañones submarinos de los mayores ríos que drenaban antiguamente la región: uno que se inicia frente a la boca del Bayano y sigue hacia el sur al oeste de las islas de Las Perlas y otro, que sale del río Chiriquí Viejo en dirección sureste.<sup>434</sup> Más amplias llanuras litorales hoy sumergidas en aguas poco profundas de 20 hasta 200 metros del golfo de Panamá —con su ría al este, del golfo de San Miguel—, en forma de herradura de 170 kilómetros de profundidad de sur a norte hasta la costa de la ciudad de Panamá por 200 kilómetros de oeste a este entre Punta Mala en Azuero y Punta Jaqué en el Darién. Cerca de 10 kilómetros de talud continental separa el golfo de las profundidades oceánicas de 2,000 a 3,000 metros del Pacífico centro-occidental. En este golfo de Panamá con débiles corrientes circulares de este a oeste, de aguas superficiales cálidas, entre 27°C y 28°C de promedio, tiene lugar un afloramiento de aguas más frías del fondo durante la estación seca que baja la temperatura superficial hasta 20°C en marzo, llenas de nutrientes, lo que favorece la abundante fauna marina de peces, crustáceos, moluscos y los ostrales del archipiélago de Las Perlas. Aguas ricas del Pacífico, tanto en el golfo de Panamá como en los de Montijo y Chiriquí en donde «entre unas bandadas casi innumerables de peces que rodeaban las corbetas, y que á veces con un alboroto general y repentino presentaban con sus saltos y con el hervidero del mar un espectáculo agradable», cardúmenes con delfines que flanquearon, un 28 de diciembre de 1790, las naves de la expedición de Alejandro Malaspina que atrapó «diferentes dorados, atunes y bonitos... y se logró la vista de una manta, á la cual estaban agarrados tres peces del largo de un codo».<sup>435</sup> Ese es el Mar del Sur paradisíaco, anticipo de otras costas del otro lado del Pacífico que hacen, en el siglo XVIII y también el XIX, parte de una literatura de expediciones y descubrimientos, llena de misterios y curiosidades naturales y humanas que asombra y encanta la sensibilidad europea de la Ilustración y del romanticismo. Pero regresemos a Panamá en donde al terminar su último ascenso las aguas del mar hace apenas 4,250 años la actual línea de costa queda definida y se forman los cordones y flechas litorales con arenas ferráticas, blancas y negras, en Chame, San Carlos, Antón, Azuero y Chiriquí, los altos acanti-

<sup>432</sup> William DAMPIER, *A new voyage round the world*, 1ª edición Londres 1697. Londres 1927.

<sup>433</sup> Carl BOVALLIUS, op. cit.

<sup>434</sup> Robert A. TERRY, «Notes on Submarine Valleys off the Panamanian Coast», San Francisco, Calif. 1956. Publicado en Omar JAÉN SUÁREZ, *Geografía de Panamá*, op. cit., pp. 295-300.

<sup>435</sup> Alejandro MALASPINA, «Navegación frente a las costas del Cauca y Panamá», 1790, *Colección Cuervo*, op. cit., t. II, p. 139.



lados en el Darién en el área en que las serranías del Sapo y de Juradó rozan el mar, al sur de la península de Azuero en Punta Mariato y en la fachada oriental de la península de Las Palmas. En las partes bajas, tanto del Atlántico como del Pacífico, se crean extensas marismas y manglares con acumulaciones fluvio marinas, áreas repulsivas al poblamiento y a la ocupación del suelo, zonas de total infertilidad que cubren tanto espacio como el ocupado por los suelos aluviales más fértiles, útiles sin embargo puesto que son las áreas de desove de los camarones del Pacífico. Aquí prospera una vegetación halófila, de mangles blancos y rojos, entre ellos los gigantes de 40 metros de altura del Darién, de los géneros *Avicennia*, *Pelliciera* y *Rhizophora*, este último más común y con sus características raíces aéreas, que produce tanino, madera y carbón, artículos esenciales de subsistencia para una población rústica.<sup>436</sup>

Este es, en general, el marco estructural de Panamá, el de un medio natural dominado por el clima tropical húmedo, de un istmo volcánico estrecho y reciente, localizado entre los dos mayores océanos del planeta, en donde una población, pequeña relativamente, ha desarrollado, a lo largo de los cuatro siglos que cubren este estudio, estrategias de adaptación más o menos exitosas, de acuerdo, también, con las condiciones del clima y de los suelos que tendrán importancia capital en la actividad agraria de las poblaciones rurales, mayoritarias.

## El clima y los suelos en las actividades agrarias

Entre los países tropicales, Panamá no presenta ningún exceso, ninguna situación realmente extrema desde el punto de vista climático: las precipitaciones se escalonan entre 1,000 mm. de promedio al año y 5,000 mm. en zonas muy localizadas. La temperatura se sitúa entre 19°C en ciertas áreas montañosas muy reducidas y 28°C de promedio sobre las llanuras bajas de la costa. La amplitud anual no excede, en ningún caso, los 5°C de promedio y, la diurna, muy raramente más de 10°C. Sin embargo, distinguimos claramente definidos varios sub-tipos climáticos dentro del tropical que tienen importancia en cuanto que limitan espacialmente ciertos tipos de cultivo. Los climas templados tropicales en sus dos variantes, húmedo (Cf de la clasificación de Köppen) y árido (Cw), conocen un desarrollo limitado. Ellos ocupan la cima de la cordillera central desde Chiriquí hasta Coclé y algunas áreas localizadas de Darién, y están comprendidos, generalmente, entre la curva de nivel de los 600-700 metros y los 3,475 metros de la cumbre más elevada del país.

Al contrario, dos tipos de regiones climáticas más cálidas van a dominar ampliamente en el resto de Panamá, las húmedas y las áridas. A la extensa área de clima tropical húmedo (Ami) con la costa atlántica, el Darién (serranías de Majé, del Pirre y de San Blas), la fachada occidental de Veraguas y de Azuero y la península de Burica en Chiriquí, se añaden algunos bolsones (Bocas del Toro, la costa este de Colón, el norte de Veraguas y Portobelo) del clima de pluviselva tropical (Afi). A esta amplia región, a veces muy húmeda, con precipitaciones anuales superiores a 2,000 mm. y más bien a 2,500 mm. y una estación seca casi inexistente o de 1 a 2 meses solamente, se opone la región de clima tropical árido (Awi) con una estación seca pronunciada y menos de 2,000 mm. de precipitación promedio anual. Ella ocupa el territorio situado siempre en la vertiente del Pacífico, salvo la estrecha costa de San Blas en el Caribe, en tres zonas discontinuas: las sabanas de

<sup>436</sup> Gilberto CINTRÓN, Ariel E. LUGO y Ramón MARTÍNEZ, «Structural and Functional Properties of Mangrove Forest», en *The Botany and Natural History of Panama*, op. cit., pp. 53-66.